

AVESTRUCES  
POR LA NOCHE

*Dos nouvelles*

GUILLERMO ROZ

1ª edición en *La Mirada Malva*, 2009  
Colección Mirada Narrativa nº 07

© Guillermo Roz, 2009  
© *La Mirada Malva*, 2009  
© Fotografía, Gara Naranjo

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para  
Editorial *La Mirada Malva*  
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón  
Madrid – España  
Teléfono (34) 915 189 899  
[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN-13: 978-84-936645-2-7  
DL.: SE-

Impresión Publidisa  
Impreso en España

**AVESTRUCES  
POR LA NOCHE**

# Avestruces por la noche

La pampa estaba transparente

César Aira: *Zilio*

Para la otra vez que lo mate —replicó Scharlach—  
le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta  
y que es invisible; incesante

J. L. Borges: *La muerte y la brújula*

A Goyo le había servido el consejo de su padre al conocer a Susan: *amala siempre... Siempre que ella te ame primero*. Secreto y garantía de felicidad en el amor. Había esperado que se le declarara y allí, al revés de las historias clásicas, Goyo había puesto su corazón en manos de esa mujer.

Susan era de una familia pudiente. Su padre se había dedicado a la agroquímica, cuando en el país todavía no llegaba más que esa palabra

(*agrochemistry*) a través de boletines universitarios especializados, importados de Inglaterra. Su madre había dejado temprano una carrera de concertista de piano, para seguir a su padre por los alrededores de la comarca de Atelepze, el lugar donde finalmente se asentarían.

El origen de Goyo resultaba casi el perfecto opuesto. Su familia era de la clase más humilde de Sarandí, más precisamente del barrio del Viaducto. Padre y madre eran obreros de la construcción, desde la más tierna infancia. Lo de la madre resultaba una extravagancia, pues casi no se ven mujeres en las obras. Gracias a que sus padres, los abuelos maternos, se habían casi muerto de hambre en la “Guerra de los cien mil días”, nadie había osado negarse al oficio que fuera. La madre, de todos modos, se dedicaba a las tareas menos rudas de la obra como el armado del hormigón, la elección de materiales y otras actividades de coordinación de grupos de trabajo.

Susan y Goyo se conocieron, como tantas

otras parejas, en la Universidad de Atelepze, en la facultad de Ingeniería, en la carrera de Ingeniero Civil. Ese día Goyo llevaba en la nariz un yeso, producto de una patada futbolera que le había fracturado el tabique, los ojos casi negros, y unas gafas que querían disimular la caricatura. Sabía que durante esos días no podía conquistar a nadie, por eso cuando Susan vino a pedirle fuego, Goyo, casi se desmaya de la vergüenza de reconocer, con toda la seguridad que otorga la taquicárdica adolescencia, al amor de su vida y con esa facha. Para alejarla rápido le contestó un “no” convulso, aunque llevara dos mecheros en cada bolsillo del pantalón.

Aquello disparó su ansiedad. Unos días después, ya sin yeso ni gafas con las que disimular, fue al encuentro de Susan. Pero la carencia de gafas y de yeso no aseguraba nada. Tuvo que sufrir un par de semanas, arrimándose sigiloso y amable, cálido y ágil, y mostrando todo lo que simplemente era: un enamorado perdido que no se atrevía a confesarse.

Susan se movía más rápida y más valiente, y no había tenido ningún padre que le aconsejara lo que a Goyo. Ella se acercó una tarde después de un examen en el que compartieron algunas preguntas por lo bajo y unas risas cómplices. Lo invitó a tomar una cerveza y en la esquina anterior al bar, lo frenó y le dijo *me gustabas hasta con yeso y gafas*. Luego lo besó como a Goyo hubiera querido que lo besarán. Un año y medio después estarían de luna de miel en Sierra de la Ventana, recordando aquél día en clase. Goyo reconocía que su padre tenía toda la razón.

Los primeros años del matrimonio fueron duros en lo económico porque Goyo, emplazado en su orgullo machista, no aceptó ninguna de las ayudas de sus suegros. Era de los que creía que sólo se disfrutaba de lo hecho a mano y en casa. Si bien a Susan no le hubiera importado tener de entrada una casa y un coche heredados, se mostró dispuesta a construir una historia nueva en la que cada adquisición, hasta la mínima, formara parte de

un desafío personal. Ella sólo puso una condición para comprometerse con esa filosofía del esfuerzo: se instalarían en Atelepze, su ciudad, con las comodidades de una ciudad. Goyo aceptó, repitiendo: en Atelepze, pero a la manera de Sarandí, su lugar, y si fuera posible a la manera del barrio del Viaducto, donde uno aprendía a hacerse fuerte en cada paso, en cada pedazo de pan ganado con el sudor de su trabajo y con la conciencia clarísima de su energía.

Dignidad, costumbres y amor, hicieron un coctel rico, discutido a veces, pero siempre distinto. Era como reinventar la clase media en un monoambiente de Atelepze.

Se compraron la lavadora, la nevera y la cama en un mismo crédito. En el monoambiente había una cocina y cuatro sillas. La mesa la encontraron en la calle y la vajilla la había venido juntando Susan, como jugando a la mamá. A ella le tocó un largo año trabajar en la fotocopiadora de la facultad y a él en una empresa constructora. No estaban mal



ubicados, pero ganaban lo justo. Apenas terminaron sus carreras, casi a la vez, salieron en busca de su bebé. Pactaron que durante cuatro o cinco años ella cuidaría a sus primeros dos hijos y que después ejercerían juntos. Hasta había una idea de poner una empresa de construcción en sociedad. Por lo pronto el título de Ingeniero a Goyo le abrió la puerta para un ascenso en la empresa, a la familia una mejoría económica y a ella unas ganas más seguras de maternidad.

Una noche Susan salió del baño con un pijama nuevo. Venía apuntándole su mirada a él, que leía en la cama. Una mirada como la de un gato entre malo y enamorado. *¿Qué traés entre manos, ingeniera?* Cuando el ambiente iba de broma se trataban de “ingeniero” o “ingeniera”. *Nada ingeniero*, respondió ella, *nada*. Pero él no paró hasta averiguar qué cosa le pasaba a la ingeniera. Entonces ella, entre risas y lágrimas, *levantá tu almohada y enterate*. Goyo leyó en un sobre dos palabras que le cambiarían la

vida, “Felicidades, vas a ser papá”. Lloraron juntos, se besaron y leyeron el contenido del sobre, que no era ni más ni menos que el informe médico que precisaba el número de semanas de embarazo y otros datos menores.

Nueve meses después llegó Catalina, ya a una nueva casa, donde contaba con su propia habitación, con paredes engalanadas de nubes y aviones colgantes y muñecas —regalos de los abuelos, a los que esta vez no pudo negárseles ninguna—. La llegada de la beba y la adquisición de la casa habían confluído en uno de los mejores años de sus vidas. Los padres de los dos se felicitaban por los hijos que tenían, un domingo al mediodía, en que toda la familia se reunió para festejar el primer cumpleaños de Catalina. El padre de Susan le confesaba al padre de Goyo, *No voy a negarle que en el principio su hijo me cayó un poco, cómo decirle... En fin. Es que lo veía tan orgulloso...Pero ahora veo que tenía las cosas claras y que va para adelante. Mi hija tuvo*

*mucha suerte en encontrarlo en el camino.*

La casa la habían adquirido a través de un plan de barrio, encargado por el Estado a la empresa constructora donde él trabajaba. El arrebato y el sueño de Goyo por tener la casa propia le hizo una tarde sentarse ante el mismísimo director de la compañía y plantearle la situación. La cosa resultó mucho más fácil de lo que había pensado y pocas semanas después le fue entregada su propiedad a las afueras de Semliuq. Susan dejó su Atelepze querido (aunque había puesto aquel lugar como su condición para cualquier proyecto juntos...El amor es uno de los pocos motores que hace ceder a los que nunca ceden), él su Sarandí, y los dos estrenaron su techo que pagarían con una ínfima cuota a treinta años.

Las tejas rojas de las casitas iguales se desperdigaban sobre el llano como caparazones de tortugas contentas. La vivienda desde el aire se veía como una cáscara de granada, rodeada de un amplio

cuadrado de tierra donde crecería césped inglés. Se podía entrar por la puerta más elegante que resultaba la del salón, o la de la cocina que era la que la familia entera terminaría usando diariamente. Contaba con un baño pequeño, pero confortable, aunque sin bañera. Dos habitaciones pequeñas y una más grande, para el matrimonio.

Las puertas eran de madera de roble, un poco pesadas y pretenciosas, como si fueran a atravesarla reyes y príncipes. Las ventanas, amplias, llevaban por fuera unas rejas demasiado exageradas, con motivos árabes, que Goyo se decidió a cambiar desde que las vio, pero que terminó retardando todos los días para el mes entrante. La habitación del matrimonio era de cuatro por cinco, lo suficientemente grande como para poner un armario de las dimensiones necesarias para albergar el vestuario de todo el futuro de la familia, un sillón blando, en el que ella se quedaría a vivir en el próximo embarazo, viendo televisión y tejiendo escarpines.

El aterrizaje a esa casa, que en principio les resultaba enorme dado su inmediato pasado de monoambiente, le suscitó a Susan más que a Goyo un trepidante *horror vacui*.

Otravezellasedejóentarpórlasofrecimientos de sus padres. Un día llegó Goyo con una perchero de tres pies, de caño, y se encontró en el salón —horas antes desierto— con un juego de sillones beige, de pana, dos individuales, uno de tres cuerpos, una mesa ratona de cristal con incrustaciones de metal bruñido y un cuadro imponente de Pollock que copaba la pared y coronaba el sillón de tres cuerpos. A Goyo se le cayó el perchero de las manos, Susan salió de atrás de uno de los sillones individuales con una sonrisa y del otro su suegra con un cartel que decía: ¡*Sorpresita!*

Goyo sabía que Susan no era ninguna tonta y que había retenido a su madre para aplazar un poco el combate: el perchero quedó en medio de la escena como un flaco ridículo. Así se sentía Goyo. Agradeció

con un silencio triste, retenido, como en una suerte de situación de traición agradecida; el tipo del idiota fino.

En su casa materna no se había agradecido nunca, no existía como aprendizaje ni como ninguna otra cosa. En la escuela familiar de Goyo las cosas sencillamente se hacían: el padre y la madre trabajaban en la obra, lo chicos estudiaban y punto. A las diez de la noche el padre clausuraba la jornada televisiva y cada chico se iba a su cama entendiendo (¿maldiciendo?) que había llegado la hora de dormir, quizás de soñar. Seguro que era la hora de descansar para al otro día levantarse temprano para bañarse, plancharse la ropa, peinarse con raya al costado y revisar que en el portafolio no faltara ninguno de los cuadernos, a saber: el rojo, ciencias sociales y ciencias naturales, el azul, matemáticas y lengua y el verde, cuaderno de comunicaciones. Los chicos sabían desde muy pequeños que no debían hacer renegar a los padres, quienes se deslomaban como

mineros.

En el pasado, las manos de los padres de Goyo habían sabido llorar apoyadas sobre la mesa en cada cena, bajo la mortecina luz de la cocina en la que no sonaba más que el ruido de una silla arañando las baldosas, o el goteo del caldo rebotando sobre la loza del plato hondo. Por todo esto a Goyo le rechinaba en el fondo de su memoria y en la puerta de su corazón pobre, que los padres de Susan le rascaran sus recuerdos, otorgándoles facilidades que entendía como limosnas.

Los azulejos del baño representaban casi lo más delicado de la casa: tres fragatas pequeñas y grises, un poco fantasmagóricas, navegaban sobre un mar violáceo, en medio de cada nueve azulejos. La figura se repetía hasta el techo, invirtiendo los colores, mar gris y fragatas violáceas. El fondo de los azulejos era de un celeste muy tenue, como el de un cielo para *toilette* de hotel. En ese baño Catalina aprendió a decir agua, barco y caca, y en ese baño

se rajó por primera vez el mentón. De ese baño hasta el hospital la pareja pasó uno de los peores tragos de su vida, porque como si fuera poco, la niña sangrante no dejaba de rascarse la herida como una posesa. La pobre, al mirarse las manos enrojecidas enloquecía de un llanto que no provenía del dolor, sino del simple susto.

En la cocina, en la que entraba una mesa para los tres, Goyo había encargado en una casa de iluminación, amiga de la constructora, una instalación especial. Le latía el recuerdo de las manos tristes de sus padres sobre la mesa en la cena, aunque no tuviera esta escena alojada más que en su inconsciente. Cinco círculos como el de los juegos olímpicos, dibujaban justo en el techo, sobre la mesa, las vías eléctricas que alimentaban a cinco foco dicroicos. Una exageración. Susan no sabía lo de las manos tristes de sus suegros, así que creía que sólo pasaba por la discutible estética de Goyo.

Las dicroicas pegaban en las cabezas de los



comensales como chorros para torturar vampiros. Con el tiempo se fueron acostumbrando a ese cambio de luz, porque salir de ese círculo era como volverse a las tinieblas y quedarse era sentirse un poco un maniquí en la vidriera, el maniquí y al mismo tiempo el paseante que miraba desde el otro lado del vidrio. Así y todo nadie violó la insistencia lumínica de Goyo. Si Catalina hubiese podido hablar le habría pedido la misma clemencia que necesitaba su madre.

Las casas estaban separadas por un cerco blanco de madera de un metro de altura y de allí a cada casa cuatro metros más, como previendo la construcción posterior de una cochera con el paso hacia el fondo.

Los jardines que rodeaban las casas del barrio y terminaban en el bordillo de la calle unos quince metros adelante, estaban bien provistos de una *Acacia bolita*, una especie de árboles amigables, con buena sombra y de regular crecimiento, y unos

canteros de rosales, de magnolias o de jazmines. A ellos les habían tocado unas magnolias muy bonitas. El gasto estético terminaba con una plantación de un césped verde, que aunque parecía necesitar de mucho cuidado y mucho riego, prometía un color homogéneo en la casi totalidad de los jardines del vecindario.

Por razones históricas, la adquisición de la casa fue para Goyo la felicidad total. Para Susan, no tanto. A ella le gustaba, pero claro, había que construir una confortabilidad que no le habían enseñado en la universidad y mucho menos en su familia. Así y todo, se fue encariñando con la propiedad por la decoración de la habitación de Catalina, que le cambiaba el humor y le aflojaba la exigencia. Muchas veces la visitaba su madre, que la acompañaba en el embarazo.

Cuando nació Catalina, Goyo compró un coche y se lo dejó a Susan. Por las mañanas ella lo alcanzaba hasta la estación del Ferrocarril, a veces

con Catalina despertándose sola en la casa, y Goyo se iba contento a su trabajo sabiendo que había construido una familia.

En alguna de las primeras noches en las que Susan ya no era sólo esa mujer metida en la cuarentena maternal, Eros los invitaba y ellos se dejaban. Hacían el amor con juegos tontos de *ingeniera le quiero mostrar un nuevo proyecto. Muéstmelo, muéstmelo que le diré qué me parece. Le interesará ingeniera, pero es necesario que para esto se desvista...*

Luego del amor Goyo viajaba hasta la cocina en busca de agua y quizás se cruzara con ella yendo hacia el baño. Aquella noche de verano ellos se cruzaron en el salón oscuro y se abrazaron. Una luz de luna filtrada por la ventana los enfocaba y los recortaba en una penumbra perfecta. Aquella noche se abrazaron y caminaron por la casa con el ritmo de dos novios por un parque, entre enamorados y

cansados, con la dulce fatiga que produce esa resaca de sexo en el cuerpo. El éxtasis los había colocado en la puerta de la habitación de Catalina. Se la quedaron mirando un rato en silencio, mientras ella dormía en su cuna. Quién sabe qué pensaba cada uno de esos dos padres, que se acariciaban mientras miraban a su hija. Quién sabe que sueño pequeñito, inventaba ella en esa cuna. Había algo en la escena de final feliz o de comienzo de la vida misma.

Volvieron a la cama tomados de la mano y ninguno de los dos pudo dormirse durante un rato largo, mirando el techo, con la sensación en el pecho de que la vida perfecta existe y que mañana por la mañana continuarían perfeccionando la perfección.

Se equivocaban.

La habitación matrimonial era un cuarto al que sólo le quedaba el colchón en el que había dormido durante la noche, pero faltaba la cama; el colchón se encontraba sobre el suelo. Goyo se restregó los

## Títulos publicados

### Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi**  
o1 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*

### Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola**  
o1 - *Prohibido salir a la calle*
- **Guillermo Roz**  
o2 - *La vida me engañó*
- **Héctor Perea**  
o3 - *Los párpados del mundo*
- **Luis Fayad**  
o4 - *Testamento de un hombre de negocios*
- **Juan Moro**  
o5 - *La última parroquia antes de América*
- **Darío Ruiz Gómez**  
o6 - *Crímenes municipales*
- **Alexander Prieto Osorno**  
o7 - *Bonitos crímenes*
- **Guillermo Roz**  
o8 - *Avestruces por la noche. Dos nouvelles*



Colección Mirada Poesía

- **Samuel Serrano**  
01 – *El hacha de piedra*

Colección Biblioteca Digital

- **Rosario González Galicia**  
01 – *Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana*
- **Blas Matamoro**  
02 - *Malos ejemplos*
- **Pedro Granados**  
03 - *Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005)*
- **Blas Matamoro Rossi**  
04 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico* (Edición Digital)

[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)